

EL "EMPLOMAO"

Atado para siempre a la vieja mecedora, como una barca varada. Sin remisión. Podrido y muerto, mucho tiempo antes de que la muerte —la desnarrigada, decía él— se decidiese a darse una vuelta por la casa. Averiado por el polvo de la mina, derrotado por el jadeo —la "fatiga"— que le hacía abrir la boca con desespero para alcanzar vehementemente, golosamente, el trago del aire, camino de los pulmones. Los pulmones. Una hermosa, terrible palabra. Allí debían de estar, dentro de la caja del pecho pequeño y peludo, como dos frescas flores coloradas, seguramente; como dos feroces animales en celo.



que se dice nadie hubiese identificado a aquella muchacha con esta mujer de adusto gesto, de oscuros y tristes rencores. Cerró los ojos. El hombre cerró los ojos, cansado de soportar el más terrible de los cansancios, que es el de estar cansado de luchar contra la total y absoluta desesperanza.

Por la ventana abierta cruzó un grupo de mineros, camino de la sierra, portando «trapo» y carburo. El hombre alargó su mirada hasta aquel clavo del que pendía su lámpara, que jamás volvería a encenderse. Suspiró hondo. La mujer comenzó a retirar la mesa. En silencio cerrado, como siempre.

—Buen atardecer —insistió el hombre.

Se veía que el sol iba a esconderse definitivamente de un momento a otro, tras la mola del «Cabezo Rajao». A contraluz, las piteras levantan sus brazos de perchero vegetal, de báculo o candelabro. De las chimeneas emergían las guadejas de los humos espesos, y se quedaban por un momento monumentalizados en el aire para deshacerse luego. Se escuchaba el canto de la última cigarra,



monótona, terca. El hombre cayó en la cuenta de que resultaba ciertamente una sinrazón de que se perdiera inútilmente un atardecer así,

el lujo de aquella puesta de sol dispuesta por Dios para el mejor entendimiento de sus criaturas.

Asensio SAEZ

EL TROVERO MARIN

El fue el auténtico rey de la trovería. Aunque unionense por los cuatro costados, Marín había nacido el 18 de julio de 1865 en La Palma (Cartagena). Y a punto estuvo el hombre de dejar el trovo por el latín del bueno. Al final no pudo ser cura: sus padres lo reclamaron al seminario para el trajín de las minas, y ya la "Oscura galería", fue su ámbito y su musa, la musa de su verso elemental a veces, pero brioso, centelleante, agudo como un arpón siempre.

En su libro «Algo de mi vida» el trovero José Castillo dice de Marín: «Este hombre extraordinario con cara de bonachón, obrero toda su vida, tiene una facilidad asombrosa para versificar al compás de la guitarra. Resta importancia a su meritoria labor poética el no saber cantar. Jamás le oí cantar... Su mayor prurito consistía, no en dar

noble beligerancia a su adversario, sino en humillarlo, en inutilizarlo. En la intimidad del hogar, Marín, no tenía más voluntad que la de su familia, ni otro afán que ver satisfechas las necesidades materiales de sus hijos con el producto de su trabajo. En el trato social era afable, cortés, bondadoso, jamás tuvo frases ofensivas para nadie. Cuando se ponía a improvisar con alguno que el vulgo había consagrado se convertía en otro hombre».

Varias controversias tuvo Marín con el maestro Requena, el cual padecía lo suyo ante la superioridad de su rival. Por lo que como anillo al dedo habría de venirle al buen Requena el conocer un día la buena nueva. De José Castillo, un muchacho unionense a la sazón en las minas del Llano del Beal, se hacían lenguas gentes que en el arte del trovo se taban cátedra de sabiduría. Requena oyó tro-

var a Castillo. «Mucho va a dar que hablar este mocito». Lo dijo sonriendo cumplidamente: Es que barruntaba su propio desquite ante Marín en la evidente maestría del nuevo trovero. Tuvo, no obstante, que pasar mucho tiempo para que Marín y Castillo se enfrentasen en polémica cerrada y hostil, primera de las que realizarían juntos, en teatros, casinos y veladas íntimas que pronto pasaban a categoría de públicas. Bastaba que se sospechase la presencia de Marín y Castillo para que los aficionados acudieran, invitados o no, a abarrotarlo todo. Unidos ambos por la aventura del trovo, actuaron en los más importantes teatros de Barcelona, recorriendo también parte de Andalucía y componiendo la verdadera orfebrería del trovo al repentizar quintillas de versos alternados, contrarrestando cada uno la idea del otro, como en éstas que siguen:

CASTILLO: Marín, en La Unión estamos.
MARIN: Estamos porque vivimos.
CASTILLO: A ver como nos portamos.
MARIN: Veremos cómo salimos.
CASTILLO: Tal vez huyendo salgamos.

CASTILLO: Torcaste en compañía mía.
MARIN: Mostrando no tener miedo.
CASTILLO: Pero, ¿triumfaste algún día?
MARIN: ¿Yo? Siempre que salí del rueda.
CASTILLO: Paraste en la enfermería.
MARIN: No temo si el toro viene.
CASTILLO: Oculto tras la barrera.
MARIN: Pero es cuando me conviene.
CASTILLO: ¡Vaya una sangre torera!
MARIN: ¡Que ese tal Castillo tiene!

Ocurrió que en cierta ocasión, a repetidos ruegos, Marín acudió a Cuesta Blanca (Cartagena) para tomar parte en un torneo con un vate local, «El Retal», por mal nombre, cuya altura trovística no fue, por lo visto, del agrado de Marín, que repentinamente el siguiente trovo:

Tantas razones mandar que a Cuesta Blanca viniera

a trovar con un «retal» jugando con piezas enteras! tela me suele faltar.

Brotó en «El Retal» la furia punzante, de león herido, de gallo acibillado:

No permito que me ultrajes con tu manera de hablar, ni mi comercio relajés. Quizás con este «retal» ¡tela te sobre «pa» un trajel

Por aquel entonces, también sonaban estos versos:

Cuando este Marín se acabe cuando este Marín se muera, el mundo entero lo sabe: que de la musa coplera Marín se lleva la llave.

(De «El libro de La Unión», de ASENSIO SAEZ.)

—Quiero cenar.

La mujer dijo que bueno. Sudaba. Hacía calor en aquel hermoso atardecer de verano vencido. La mujer alargó la mano hasta un pay-pay de cartón en cuyo dorso decía: «Tejidos la Alhambra. Calle Mayor, La Unión». A la mujer, el gozo, la sonrisa, le andaban como ausentes. Las cejas le dibujaban un cansado, perenne gesto de protesta.

—Digo que tú no eras antes así.

La mujer no contestó. Trajo un cuenco con la sopa. Por la ventana, abierta de par en par, se alcanzaba el sol centrándolo los oros de un crepúsculo suntuoso, el lujo de un atardecer de igneos amarillos, de encendidos azafranes, de anaranjados sencillos. Entonces las pobres casas de los mineros —cales teñidas de añil, ocre o rosa— semejaban transfigurarse en una belleza única, inesperada e irrepetible.

—Mujer, ya cambiarán las cosas.

—Desde que nos casamos, ese es tu lema.

—Pronto descansarás de mí.

La mujer trajo una manzana, en silencio.

—¿No contestas?

—No hay nada que contestar.

—Me gustaría que fueses de otro modo.

—A mi también me gustaría tener calzado nuevo y un buen mantón para este invierno, y que los niños comiesen en nuestra mesa y no en la «Cocina Económica», y que hiciesen la primera comunión vestidos de marinero, con su gorra y su lazo con flecos, y no con ropa prestada por el Ropero del Niño esús. ¡Tantas cosas me gustarían a mí!

Por la ventana se veía el sol, ahora condensado en amarillos jaldes, ya bola de oro, mera yema de confitería.

—¡Qué hermosa puesta de sol! —advirtió el hombre.

—Para puesta de sol estamos.

Todo el horizonte —pozos, castillotes, malacates— tocado como por mano de Midas, bañado en panes de oro.

—No, no eras así antes.

Antes el hombre recordaba, en oscura nebulosa, la imagen de una dulce muchacha de ojos claros, de blonda cabellera que el viento de la sierra gustaba desmelenar. El hombre recordaba oscuros, perdidos días con paseos por la calle Mayor. Casinos, cafés, fiestas con «El Palenque». Alguna vez, el viaje a Cartagena, al puerto, a ver los barcos del Rey, como rezaba la copla. En alguna ocasión, el lujo supremo de una totra de azúcar en la «La Muñeca, dulces fincs». Nadie, lo